

“LLEGUÉ DE ITALIA SIN NADA, Y PUDE REALIZAR LO QUE SOÑABA”

Lino Gazzotto

Los orígenes

Nací un 13 de octubre de 1930, en un pueblito cercano a Verona. Mi padre, Francisco, y mi madre, Santa, eran encargados de una de las haciendas más importantes de Italia. Pero aquella infancia idílica se quebró en el último mes de la Segunda Guerra Mundial, cuando unos aviones norteamericanos bombardearon la granja. Murieron mi padre y una hermana.

Al perder el sostén de la familia, tuvimos que buscar nuevos horizontes, y nos mudamos a Verona, donde estudié en el Colegio Industrial Ferraris. Me apasionaban los fierros, y quería ser mecánico. Pero en la vieja Italia vencida no había muchas oportunidades.

Así, el 31 de enero del '51 desembarcamos en el puerto de Buenos Aires. Llegamos con mi madre; mi hermana mayor, Elsa; y mi hermano menor, Mario. Desde el '47, aquí ya vivía mi hermano mayor, Ezzelino, quien nos ayudó a instalarnos. Nos mudamos a una casita alquilada en Bernal y, desde allí, empecé a hacer la América.



Eitar, en sus comienzos. Década del '50.



Yo, en el centro, junto con los otros dos socios fundadores de Eitar.

Los primeros tiempos

Conseguí mi primer trabajo en una fábrica de tornos, grúas y máquinas para carpintería, de nuestro barrio. Empecé como agujereador, operando la guillotina. Luego, me asignaron a la sección de trazado. Comencé como ayudante, pero pronto me convertí en jefe. Mi ambición, sin embargo, era llegar a independizarme.

En el '54, en un baile, conocí a dos muchachos italianos, Luciano y Bautista. Con ellos, decidimos iniciar un proyecto industrial. Juntamos nuestros pocos ahorros, y compramos un torno. Así se conformó la empresa que, con el tiempo, se convertiría en Eitar (Establecimiento Ítalo Argentina).

Empezamos trabajando en un gallinero. Para conseguir nuestros primeros clientes, yo recorría las fábricas de la zona, preguntando cuál era la pieza que más les fastidiaba producir. Nosotros podíamos encargarnos. Muchos jefes de oficinas técnicas eran italianos. Nuestro origen común nos permitía entrar en confianza más rápidamente.

El primer golpe de suerte llegó cuando nos convertimos en proveedores de válvulas y reguladores de Agip Gas. Éramos los únicos en fabricar esas piezas en latón forjado. Aquello nos permitió tener, por primera vez, un ingreso fijo.



La planta de Eitar.

Agip, con el tiempo, acabó cerrando su producción en la Argentina. Pero, para ese entonces, ya habíamos adquirido un extenso conocimiento en la fabricación de componentes para gas. Así que nos fuimos conectando con las fábricas de artículos del hogar de la línea blanca, a quienes vendíamos robinetes para cocina.

Fueron tiempos de enorme sacrificio. Nosotros mismos abríamos la fábrica a las cinco y media de la mañana, y nos íbamos a las once y media de la noche. Todas las semanas, llevábamos a nuestras casas el dinero justo para vivir. El resto, lo invertíamos en la empresa.

Hacer industria en la Argentina

A medida que crecíamos, íbamos incorporando nuevos productos a nuestra cartera. A los robinetes, le siguieron las válvulas de seguridad. Luego, los termostatos para hornos de cocina, termotanques y estufas. Todos los años, alguno de los socios viajaba a Europa, para ver qué se estaba haciendo de nuevo, y cómo podíamos hacerlo nosotros.

A lo largo de toda la década del '60, nos fuimos consolidando y agregando nuevos productos. Del gallinero, pasamos a un taller de mil metros. En esa época,

incorporamos un nuevo socio, Rino. Él tenía gran experiencia en la industria, y nos ayudó a progresar.

En el '75, nos mudamos a una fábrica de seis mil metros cuadrados en Bernal Oeste, con nuestra propia forja, para producir insumos con la calidad que necesitábamos. Después, ampliamos la planta.

A lo largo de los años, fuimos atravesando las distintas etapas de la economía nacional. En los '90, en medio del auge de la importación, tuvimos que apretarnos el cinturón y adaptarnos. Una de las grandes claves para haber permanecido en el negocio durante tantos años, es la relación con nuestros clientes. Cuando alguno enfrentaba una dificultad para pagarnos, siempre intentamos acompañarlo. Nunca ahogamos a nadie.

Por eso, en los '90, cuando para nuestros clientes era más barato importar, siempre se preocuparon de seguir comprándonos una parte a nosotros. Si desaparecíamos, un potencial cierre de la importación en el futuro los iba a dejar sin proveedores.

En el 2001, pasamos unos tiempos complicados. Pero la devaluación nos permitió consolidarnos nuevamente.

Eitar, hoy

Actualmente, Eitar tiene un plantel de unos trescientos ochenta empleados, en una planta de seis mil metros de Bernal Oeste. Hacemos termostatos para calefactores y termotanques, válvulas de seguridad, generadores de chispa, termocuplas, y toda clase de componentes para los sistemas de combustión de la industria de artefactos domésticos a gas. Somos proveedores de todas las grandes firmas de la línea blanca.

Nuestra fábrica cuenta con la norma ISO, y demás regulaciones para productos como los nuestros, que requieren una importante seguridad.

A lo largo de mi trayectoria, también he tenido participación en actividades de gremialismo empresario. Formo parte de ADIMRA desde el '56. En todas estas décadas mantuve mi compromiso, con especial contribución en la Comisión de Comercio Exterior, de la que fui Vicepresidente.

Legado

Conocí a Cora, mi mujer, en el mismo baile de la colectividad italiana en que conocí a quienes serían mis socios. Nos casamos en el '54, y tenemos tres hijos: Aldo, Lía y Raúl. Ellos me dieron cuatro nietos.



La familia Gazzotto en pleno.

Si bien sigo yendo a la fábrica todos los días, ya no estoy activo en la gestión. La empresa es dirigida por mi hijo Raúl, junto con Mario, el hijo de otro de los fundadores.

Me produce un gran orgullo ver que ellos se manejan como lo hacíamos nosotros, con mucha honestidad y transparencia. Con mis socios, discutíamos mucho. Pero una vez terminada la discusión, elegíamos un camino, e íbamos todos juntos por él. Trato de no aconsejar mucho a la nueva generación. Mi experiencia es la mía. Ellos tendrán que hacer la suya.

Llegué de Italia sin nada, y pude prosperar. La Argentina es un gran país. Paradójicamente, la culpa de nuestros males es que aquí se cae una semilla y crece una planta. Por eso, la gente perdió la cultura del esfuerzo.

En el '56, cuando recién empezábamos a desarrollarnos con la empresa, vivimos una época difícilísima. Ya teníamos unas cuarenta personas, y se habían paralizado todos los pedidos. Yo salía en mi camioneta a buscar clientes. Cuando regresaba, los obreros me esperaban a la puerta del taller, y me preguntaban: “¿Trajo algo para hacer hoy, Don Lino?”.

Se preocupaban de que la fábrica tuviera trabajo, porque sabían que ese trabajo era para ellos. Cuando algo no salía bien, ellos mismos se preocupaban por corregirlo. Hoy no. Pareciera que todo da igual, y que no vale la pena esforzarse por nada. En mi caso, fue al revés. Nunca me fastidió el trabajo. Al contrario, me dio muchas satisfacciones, porque me permitió realizar lo que tanto soñaba.